

Hideo Okuda

# LOS EXTRAÑOS MÉTODOS DEL DOCTOR IRABU

Más de  
**1 millón** de  
ejemplares  
vendidos en  
Japón.

Una  
comedia  
mordaz  
sobre lo  
absurdo que  
puede llegar  
a ser la  
sociedad  
actual

QUATERNI

Una sarcástica burla del disparatado mundo en que vivimos y una despiadada crítica a la sociedad actual, ridiculizada hasta límites delirantes.

«No voy a preguntarle por las razones de su estrés. No voy a estrujarme los sesos para encontrarle una solución. Últimamente hay muchos programas en televisión donde un psicólogo escucha los problemas de los pacientes y les da ánimos, ¿verdad? Pues esas cosas no sirven para nada».

Con esa filosofía, Ichiro Irabu, el psiquiatra más excéntrico del Hospital General Irabu, hará frente a una serie de pacientes con diversos problemas psicológicos, que nos hará preguntarnos quién de todos es el más cuerdo: si ellos o él mismo.

Hideo Okuda

LOS EXTRAÑOS  
MÉTODOS DEL  
DOCTOR IRABU

IN THE POOL by OKUDA Hideo  
Copyright © OKUDA Hideo, 2002

All rights reserved

Spanish translation rights arranged with OKUDA Hideo / Bungeishunju Ltd., through le Bureau des Copyrights Français, Tokyo.

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

Traducción: Carlos Adrián Cabañó Muñoz

ISBN: 978-84-941173-3-6

EAN: 9788494117336

IBIC: FA, WH

QUATERNI

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-8845-2014 Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14(5)



## INTRODUCCIÓN

La primera vez que leí *In the pool* me percaté del vacío que había en el mercado editorial en español de narrativa humorística japonesa. A pesar de la enorme popularización que en la última década ha experimentado la publicación de traducciones de literatura nipona, la narrativa cómica era un páramo entre tanta variedad de géneros. ¿Cómo podía ser que el peculiar sentido del humor japonés quedara relegado del panorama editorial en castellano?

El humor puede ser algo tan individual y homogéneo, tan exclusivo de una cultura, que incluso en un mundo globalizado como el actual es complicado de entender en su totalidad. Sin embargo, una parte de la comedia japonesa, en la que se incluiría esta obra, podríamos decir que es predominantemente visual: basa sus gags humorísticos en una imagen, por lo general absurda e incoherente con el entorno. Es un humor más universal, si es que existe tal concepto, y alejado de otros complicados mecanismos para hacer reír. Hideo Okuda hace uso de ese humor visual en *In the pool* para mostrarnos una mordaz crítica de la sociedad contemporánea, dependiente de absurdas comodidades y obsesiones, donde la satiriza y ridiculiza hasta la hilaridad.

*In the pool* aporta ese toque de humor contemporáneo, absurdo pero irreverente al mismo tiempo, que ya le iba haciendo falta al mercado. Si bien son innumerables las novelas de autores japoneses que están siendo publicadas en España en la actualidad, hasta tal punto que varios medios se han aventurado a denominar lo que se conoce como «boom de la literatura japonesa», en el mercado español, ceñido más a los clásicos, aún escasean obras de este casi “nuevo” siglo XXI. Autores como Miyuki Miyabe o Keigo Higashino parece que empiezan a abrir el horizonte para

este tipo de literatura que estaba algo oculta entre tantos clásicos —aparte, claro está, de Haruki Murakami, pero el grueso de su obra es de finales del s. XX y bebe mucho de influencias occidentales—. El público lector en castellano, tras varios años conociendo a grandes clásicos nipones, ya está preparado para leer sobre un Japón diferente: un país que sabe reírse de sí mismo y que no tiene complejos en mostrar lo ridícula que puede ser la sociedad moderna.

Es un nuevo punto de vista a los mismos problemas que exponen otros autores: la soledad, la comodidad excesiva de la sociedad, la falta de confianza en otros individuos... Solo que con un peculiar matiz cómico que nos hace replantearnos si el neurólogo protagonista es de verdad un loco o es el más cuerdo de todos. Este particular sentido del humor de Okuda se extiende a prácticamente toda su producción literaria, cualquiera que sea el género que trate. Además, los temas de los que habla son tan globales que un lector occidental no solo no tendrá problemas para comprender los entresijos de sus historias, sino que también podrá identificar como próximos algunos de los casos médicos que salen en la misma.

*In the pool* es el primer título de una serie de tres libros que recopilan los casos del extravagante Dr. Irabu. Esta serie ha sido adaptada en Japón al formato televisivo, tanto en imagen real como en animación, así como a la gran pantalla, con buena aceptación entre el público.

El humor japonés ha llegado para quedarse, y qué mejor embajador que un polémico y caprichoso neurólogo para introducirnos en su mundo.

Carlos A. Cabañó Muñoz  
Traductor de *In the pool*

## Capítulo I EN LA PISCINA

### 1

No había nadie en la planta sótano del Hospital General Irabu y la actividad escaseaba por allí. Kazuo Omori levantó la mirada a la placa que tenía inscrito «Psiquiatría» y soltó un suspiro. No había ninguna luz exterior y la pálida iluminación del tubo fluorescente daba poca confianza. Incluso podía decirse que hacía fresco.

«Han sido muy listos enviándome aquí», pensó Kazuo. El joven médico internista había sido muy frío con él. Acudía a su consulta con frecuencia para explicarle su malestar corporal y, el día anterior, cuando le estaba extrayendo sangre, le preguntó con soma si estaba tomando alguna bebida que regulara la flora intestinal. Como no habían encontrado ninguna anomalía en la radiografía ni en las pruebas de orina, el médico le propuso ese día:

—¿Por qué no va al departamento de Psiquiatría del hospital? El doctor es un poco excéntrico, pero se acostumbrará. —El joven doctor dejó escapar una sonrisa crispada y trató de no cruzar la mirada con Kazuo.

«Vaya con los hospitales de ahora. ¡Qué mal atienden a los pacientes externos!».

Llamó a la puerta medrosamente y escuchó a alguien que le daba la bienvenida desde el interior en voz alta; parecía el entrenador de beisbol Nagashima. Kazuo entró en la sala de consulta. Vio a un médico grueso, del que se podía deducir que tenía cuarenta y pocos años, repantingado en el sillón. En la mesa que estaba en una esquina de la habitación, había una joven enfermera de pelo castaño leyen-

do una revista que ni siquiera se dignó a echar una mirada a Kazuo.

¡Pase, pase! —El médico le ofreció asiento rebosante de simpatía.

Kazuo se sentó en el taburete y echó un vistazo a la placa que llevaba prendida en su pecho: «Ichirō Irabu. Doctor». Probablemente se trataba del heredero del dueño del hospital.

—¿Quiere un café?

—¿Eh?

—Un café. Aunque sea instantáneo... ¡Mayumi-chan![1]  
¡Trae dos cafés!

Irabu pidió los cafés sin esperar respuesta. La enfermera a la que llamó «Mayumi-chan» se levantó sin contestar y salió de la habitación malhumorada, golpeando el suelo con la suela de sus sandalias.

—He visto su historial médico —dijo Irabu con expresión alegre—. Así que padece una enfermedad psicosomática, ¿no?

—¿Cómo dice?

—Enfermedad de la psique. Es muy típica.

—Eh... —Se sintió un poco molesto. Un médico no debería utilizar esa forma de hablar tan directa con pacientes tan aprensivos como él.

—¿Pero qué se creen los de arriba? —Irabu señaló con el dedo la planta superior donde estaba el departamento de Medicina Interna—. Como las enfermedades funcionales son siempre bastante graves, no me mandan casi nunca ningún paciente.

—Ah... ¿sí?

—Esos quieren quedarse con todos los pacientes.

—Ah... ¿sí? —No le había dado esa sensación precisamente, pero decidió quedarse callado para no complicarlo.

Kazuo empezó a sentirse extraño un mes antes, cuando una noche le dolió el pecho. Estaba en la cama y le dio la impresión de que le faltaba el aire; a los pocos segundos ya le costaba trabajo respirar. Se levantó aturdido y salió al balcón del apartamento. Se calmó enseguida, pero se en-



contraba empapado de sudor. El recuerdo del miedo que había pasado se le quedó grabado en la mente.

Tras eso llegó la diarrea. No podía aguantarse ni en el trayecto de casa a la estación. Con treinta y ocho años que tenía ya, manchó varias veces los calzoncillos. Sin decirle nada a su mujer, se puso unos que compró en una tienda de veinticuatro horas. Lógicamente la bronca estaba servida: que el marido llegara a casa con unos calzoncillos distintos a los que se había puesto por la mañana no era precisamente algo que hiciera mucha gracia a su mujer. Lo sometió a un interrogatorio, él acabó confesando y solucionaron el malentendido. Pero desde ese momento surgió una nueva discordia: a Naomi, su mujer, le había dado tanta pena que le acabó comprando unos pañales para ancianos. Kazuo no le dirigió la palabra en tres días.

La diarrea continuó y por fin los síntomas se calmaron a la semana. En cambio, los órganos de todo su cuerpo parecían no conocer descanso. Siempre estaba alterado y sentía como si a su cuerpo le faltara cohesión. Era muy complicado explicarlo, por lo que cuando se lo contó al médico por primera vez, le dijo que era como si sus órganos estuvieran descontrolados, como los alumnos de una clase de secundaria, a lo que el médico reaccionó riéndose en voz alta.

Desde el día anterior le dolía el abdomen. Fue enseñada al médico de cabecera y supuso que era el riñón, pues últimamente no orinaba bien. Cuando empezó a encontrarse mal, Kazuo se sintió angustiado, por lo que aquel día también fue al hospital desde por la mañana.

—Entonces... ¿oye voces?

Kazuo frunció el ceño.

—Por aquí. —Irabu extendía y cerraba la mano en el aire—. ¿Oye voces?

—No —negó con la cabeza sosegadamente.

—Bueno, ¿y tiene la sensación de que alguien le está vigilando?

—No. —Frunció aún más el ceño y miró a Irabu a la cara.

—Vaya. Entonces, no se trata de ningún delirio —dijo lamentándose—. Así que es solo malestar general. —Irabu estaba tirado en el sillón y se hurgaba la nariz con el dedo.

La enfermera llevó los cafés y los dos los sorbieron en silencio. Era bastante dulce y de fuerte sabor. La enfermera se puso a hojear la revista de nuevo.

—Esto... ¿Qué es un malestar general? —preguntó Kazuo.

—Mala condición física debida al estrés —contestó con sencillez.

—¿Quiere decir que la angustia y la diarrea continua son ocasionadas por el estrés?

—Sí. —Irabu rio levantando las comisuras de la boca. Una respuesta bastante llana.

Al escuchar la palabra estrés, Kazuo pensó en su día a día. Le iba bien con su esposa y en la oficina no tenía ningún problema en especial. Si tuviera que decir alguna razón, sería el mal ambiente que había con su hermana mayor por el tema de quién se iba a encargar de cuidar a sus padres; pero, aun así, tampoco era un dilema como para preocuparse.

—No le voy a preguntar, se lo advierto —dijo Irabu.

—¿Eh?

—Que yo no voy a preguntarle por las razones de su estrés. No voy a estrujarme los sesos para encontrarle una solución.

—Ya, bueno...

—Últimamente hay muchos programas en televisión donde un psicólogo escucha los problemas de los pacientes y les da ánimos, ¿verdad? Pues esas cosas no sirven para nada.

—Ah... ¿no?

—Pues no. En primer lugar, ¿qué conseguiría preguntándole? Hablando claro, si usted hubiera matado a alguien y estuviera sufriendo por eso, yo no podría hacer nada más que recomendarle que se entregara a la policía o exigirle dinero para comprar mi silencio.

—Es que yo no he hecho algo así...

—O, por ejemplo, si me dice que tenía un jefe odioso y que ha tenido el valor de envenenarlo. —Siguió hablando sin importarle nada—. Lo que quiero decirle es que el estrés forma parte de nuestra vida diaria, por lo que es inútil intentar eliminar su origen. Es mejor centrarse en otras cosas.

—Y eso quiere decir que... —Esperaba algún remedio.

—Como solución, puede atacar por sorpresa a hombres de la *Yakuza* mientras pasea por una calle llena de gente, por ejemplo. —Kazuo frunció el ceño por tercera vez—. Así se le pasaría. Seguro que desaparecerían todas las preocupaciones sin importancia. Porque le perseguirían y, cuando nuestra vida corre peligro, ¿para qué preocuparnos por problemas familiares o por el trabajo? —La cabeza le dio un ligero vahído y se preguntó si estaría hablando en serio—. En realidad, también hay ejemplos de tratamientos de ese estilo. Había una vez un enfermo maniático por la limpieza que ni siquiera tocaba el dinero para no ensuciarse. Fue víctima del Gran Terremoto Hanshin. Se curó de repente tan solo con concentrarse en recuperar su vida diaria. Como un terremoto no viene siempre que uno quiere, ¿la *Yakuza* no sería una opción razonable?

—¿Me está diciendo que ataque a un *yakuza*...?

—¡Es un ejemplo! Ja, ja, ja, ja —se rio Irabu abriendo la boca de par en par—. También podría cogerse unas vacaciones e ir a alguna zona en guerra.

Kazuo exhaló un suspiro. Quería marcharse. Si era una enfermedad causada por el estrés, ya consultaría en otro hospital.

—De todas formas, no hay que buscar el origen del estrés a lo loco. Las enfermedades psicósomáticas no se pueden erradicar tratando de recordar cuál es la causa. Además, señor Omori, usted tiene treinta y ocho años, justo la edad a la que suele pasar. Como un sarampión en edad adulta.

Pensó en consultar a algún compañero de trabajo si conocía un buen psiquiatra. No, no podía. Un rumor así ense-

guida se extendería y no quería que lo supiera el personal de su oficina.

—Bueno, ¿le pongo una inyección? —Irabu se dio un suave golpe en el muslo—. Hoy le voy a poner un antibiótico para calmarle el dolor sordo en los riñones.

Se abrió la cortina del fondo y, al darse la vuelta, la enfermera se puso de pie en un instante.

—Bueno, ya en otra ocasión...

—Nada de eso. ¡Qué ya no es ningún niño! ¿Es que le da miedo una pinchacito?

Irabu se levantó y fue hasta la puerta caminando de lado como un cangrejo para cerrarla. Sin más remedio, Kazuo se movió de lugar y puso el brazo izquierdo en el apoyabrazos. El dolor en los riñones era real y no veía probable que le pasara algo malo en un hospital general como aquel.

La enfermera, a pesar de que daba una impresión frívola, era bastante guapa al mirarla de cerca, pero carecía por completo de simpatía.

—Cierre el puño suavemente —ordenó en tono dejado. Enrolló el brazo con un tubo de goma y aplicó el desinfectante.

Irabu observaba justo al lado como si estuviera vigilando. ¿Acaso la enfermera era una novata? Daba igual. Nada le importaba y lo que quería era que terminara cuanto antes. Soltó un suave suspiro. En ese momento, por debajo del apoyabrazos pudo ver la parte frontal de la bata de la enfermera con sus blancos muslos al descubierto. Como no podía mirarla descaradamente, Kazuo volvió la cara. Aunque no se había quedado mirando ni tres segundos, en sus ojos brillaba la imagen del blanco de los muslos y hasta las venas, que se transparentaban ligeramente. Sintió un dolor punzante y comprendió que le estaban pinchando con la aguja. Le puso la inyección sin problemas y Kazuo quedó liberado.

—Señor Omori, venga también mañana —dijo Irabu—. Es fundamental controlar diariamente las enfermedades psicosomáticas.

Kazuo asintió sin dudar. La imagen de los muslos de la enfermera aún permanecía en su mente.

—Por cierto, ¿conoce a alguien con personalidad múltiple?

—¿Eh?

—Personalidad múltiple. Alguien con varias personalidades mezcladas.

«¡Pues claro que no!», quiso reprenderle, pero simplemente negó con calma.

Vaya. Va veo. Me gustaría conocer a alguno, pero la verdad es que apenas hay. —Irabu se rio estruendosamente zarandeándose la barriga.

—Oiga, ¿debería guardar reposo?

—No, no hace falta —contestó hurgándose la nariz.

—Entonces, ¿puedo ir a la oficina como siempre?

—Claro. Pero es mejor que también haga algo de deporte, además del trabajo de oficina —restregó un moco en la pared—. Al menos una vez al día debería hacer ejercicio hasta la extenuación.

Kazuo observó de nuevo la complexión física de Irabu, que le recordaba a una vaca, y le entraron ganas de decirle que el que tenía que hacer deporte era precisamente él.

Al salir de Psiquiatría, una enfermera de bastante edad que cruzaba el pasillo por casualidad observó fijamente a Kazuo. En su mirada había un ápice de compasión.

Llegó a la oficina pasado el mediodía, hizo unas cuantas llamadas y terminó todo lo que tenía que hacer. Kazuo trabajaba para una editorial y pertenecía al departamento de edición de una revista mensual para amas de casa. Era un departamento con mucho trabajo, pero como la temporada más ajetreada siempre era periódica, no resultaba tan duro una vez uno se acostumbraba. En ese momento se acababa de dar el visto bueno a la publicación del mes, por lo que el departamento de edición estaba relativamente más tranquilo. Mientras bebía el café que le había servido la em-

pleada a tiempo parcial, echó un vistazo a la oficina. ¿Estaría allí la causa de su estrés?

El editor era una persona severa aunque, por lo general, inofensivo, a pesar de lo mucho que lo exasperaba a veces que las amas de casa controlaran tanto los gastos. El subeditor era una persona tan susceptible que le habían llegado a ingresar alguna vez por una úlcera de estómago. Ni siquiera levantaba la voz. Los compañeros de trabajo también eran todos muy sosegados, por eso se sentía insatisfecho en la oficina; más bien podría decirse que él era el más escandaloso de todos.

Kazuo se había llevado una ligera sorpresa porque su malestar corporal procediera, por lo visto, del estrés. Se consideraba un hombre atrevido: trabajaba de forma enérgica y en todas partes establecía vínculos personales, nunca se había sentido solo y desde pequeño tenía madera de líder de grupo. ¿Estaría ya yendo cuesta abajo? Irabu, el médico, le había dicho que era como un sarampión a edad adulta y muy probablemente estuviera en lo cierto, pues tenía una alimentación irregular y no hacía deporte.

«¿Será por el deporte?», pensó. Cruzó los brazos por encima de la cabeza y los estiró. No hacía deporte en serio desde que terminó la universidad. Ni esquí, ni golf. Kazuo consideraba el ocio cosa de tontos. Las noches de los domingos las pasaba viendo en las noticias de televisión cómo las autovías se congestionaban de coches y los miraba con altivez. Naomi, su mujer, también decía que le gustaba quedarse en casa. Como no tenían hijos, tampoco se agobiaban por no salir.

«¡Pues voy a probar a hacer deporte! —pensó distraído—. Sudar da una sensación agradable. ¡Hasta es posible que vuelva a tener duro el abdomen como antes! Que últimamente lo he descuidado mucho...».

Sentado en la silla, movió los hombros. Aunque sentía un leve dolor, se encontraba bien. «¿Qué puedo hacer? Así, a bote pronto, solo se me ocurre correr... No, no podría correr todos los días. Para el tenis, necesitaría una pareja, y además no tengo experiencia. También me niego a hacer

pesas por el complejo que tengo con mi musculatura». Movi6 el cuello en las cuatro direcciones y acab6 haciendo estiramientos.

«¿Y qu6 tal la nataci6n?». Kazuo asinti6 a su propia propuesta. Desde peque6o se le daba bien nadar y tampoco tendr6a que preocuparse por las lesiones, ya que las rodillas o la cadera no tendr6an que soportar ninguna carga.

«¿Cu6ndo fue la 6ltima vez que nad6?». Cerr6 los ojos y pens6 en ello. Se qued6 at6nito al recordar que no nadaba desde su 6poca de estudiante. Ya hac6a dieciséis a6os que no se met6a en una piscina.

Cogi6 el tel6fono del escritorio y telefone6 a casa. Como Naomi era ilustradora, normalmente se quedaba all6.

—Oye, ¿hay alguna piscina cerca de casa?

Al o6r la pregunta, Naomi le inquiri6 con extra6eza.

—¿A qu6 viene eso ahora?

—Da igual. D6melo. ¿Hay piscina o no?

—Hay una en la planta s6tano del gimnasio p6blico del barrio.

—¿D6nde est6 el gimnasio p6blico del barrio?

—¿No lo sabes? Est6 al lado de la biblioteca. Un edificio grande, color crema.

—Eh... ¿Y d6nde est6 la biblioteca?

Sinti6 pena de s6 mismo cuando pregunt6. A pesar de llevar viviendo cinco a6os en el mismo barrio, Kazuo no sab6a apenas nada del lugar. Naomi, que parec6a bastante sorprendida, tan solo a6adi6:

—Est6 solo a cinco minutos de casa. ¿Y a qu6 viene todo esto?

—Ten6a pensado empezar a nadar.

—¿Qui6n?

—Yo.

—¿Qu6 quieres? ¿Vengar a Chiba Suzu[2]?

—¿De d6nde te sacas eso?

—Bueno, ¿entonces por qu6?

—Me ha dicho el m6dico que tengo que hacer deporte.

—¿Has ido hoy al m6dico? —Subi6 el tono de voz al otro lado del tel6fono.